

PHILIPPE SÉNAC Y
CARLOS LALIENA CORBERA

1064, BARBASTRO

GUERRA SANTA Y YIHAD
EN LA ESPAÑA MEDIEVAL

Traducido del francés por Carlo A. Caranci

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *1064, Barbastró*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Gallimard, 2018

© de la traducción: Carlo A. Caranci, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-883-0

Depósito Legal: M. 1.798-2020

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	9
INTRODUCCIÓN	11
I. AL-ANDALUS Y EL VALLE DEL EBRO A MEDIADOS DEL SIGLO XI	21
El final del califato de Córdoba y el nacimiento de las taifas	21
Los príncipes de taifas y los soberanos cristianos.....	25
Las taifas de Zaragoza y Lérida	30
II. LA ESPAÑA CRISTIANA A MEDIADOS DEL SIGLO XI.....	37
Reyes, condes y grandes linajes aristocráticos	37
La renovación monárquica	42
La guerra contra los musulmanes y las <i>parias</i>	45
Ramiro I, rey de Aragón	47
La expansión catalana.....	52
III. LA CIUDAD DE BARBASTRO A MEDIADOS DEL SIGLO XI.....	61
La ciudad y sus murallas.....	61
Una barrera de fortalezas	66
Letrados y juristas de Barbastro	69

IV. EL PAPADO Y LA GUERRA CONTRA LOS MUSULMANES.....	73
El desarrollo de una ideología de guerra santa.....	73
La intervención pontificia.....	79
El papa y la expedición de Barbastro.....	82
V. LA EXPEDICIÓN CRISTIANA Y LA CONQUISTA DE LA CIU- DAD.....	89
La batalla de Graus y la muerte del rey Ramiro I (1063).....	89
La organización de una expedición «internacional».....	92
La ocupación de Barbastro y el saqueo de la ciudad.....	100
VI. LA YIHAD Y LA RECONQUISTA DE LA CIUDAD.....	109
El eco de la derrota en al-Andalus.....	109
La reacción musulmana.....	114
Ahmad b. Sulaymān al-Muqtadir bi-llāh.....	117
VII. LAS CONSECUENCIAS DEL ACONTECIMIENTO.....	121
El eco de la victoria.....	121
La atracción del mundo andalusí.....	126
Roma y el reino aragonés.....	129
Los francos en España.....	132
Los primeros éxitos aragoneses.....	134
CONCLUSIÓN.....	139
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....	145
NOTAS.....	173
ÍNDICE DE PERSONAS Y LUGARES.....	207

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Este libro, bajo un título un poco enigmático, trata de una excepcional aventura feudal en la que guerreros procedentes de toda Europa se reunieron después de un larguísimo viaje junto a los muros de una ciudad islámica del valle del Ebro, Barbastro, para asaltarla y saquearla. Su victoria, descrita con minuciosidad por los cronistas árabes, formó parte del desarrollo de una ideología de guerra santa en Occidente y contribuyó, además, a impulsarla de una manera decisiva. La respuesta de los príncipes taifas de al-Andalus provocó un intenso pero breve recrudecimiento de la yihad en unas sociedades musulmanas en las que esta noción había perdido mucha fuerza en esta época. Los historiadores han prestado mucha atención desde hace un siglo a este acontecimiento, pero a los autores nos pareció que el contexto regional —el mundo ibérico, cristiano y musulmán— no era suficientemente tenido en cuenta y que las fuentes, tanto árabes como latinas e incluso arqueológicas, ofrecían muchas posibilidades para una reinterpretación general del acontecimiento. Desde esa perspectiva fue construido este ensayo, concebido para un público francés amplio. Los lectores españoles deben tener en cuenta este enfoque inicial, puesto que el libro es una traducción del original francés. Los autores, confrontados con los problemas conceptuales que plantean algunos términos, quieren dejar constancia de que ex-

presiones como «España», «Francia», «Italia» y otras carecen de las connotaciones propias de los estados-nación y reflejan únicamente aspectos geográficos. En ocasiones, es posible hacer algunos cambios para adaptar este tipo de términos a otros más adecuados, como «España musulmana» por «al-Andalus» que es universalmente admitido, pero no siempre. En este sentido, Hispania (en latín) equivale a al-Andalus, como es sabido. Esta observación es válida también para «reconquista», una noción que para un público francés carece de la carga ideológica que reviste en la actualidad en nuestro país. También hemos sustituido el adjetivo «francés» aplicado a caballeros y otras gentes que participaron en la expedición contra Barbastro por «franco», que es más apropiado y es corriente en este periodo. Para facilitar la lectura, se ha empleado un sistema simplificado de transcripción del árabe, limitándonos al uso de las vocales alargadas (ā, ū, ī) y la ayn (ʿ) en los nombres y las palabras en esta lengua, de las que se da siempre una traducción, al igual que algunas frases latinas muy expresivas. Como norma general, se han castellanizado los nombres. Por último, hay que señalar que esta edición ha sido revisada por los autores y se han introducido ligeras modificaciones para hacer más comprensibles determinados problemas, además de algunas correcciones menores.

In fact, it will be argued that, unless important new evidence comes to light, the campaign must remain an enigma*.

Marcus Bull
*Knightly Piety and the Lay
 Response to the First Crusade. The Limousin
 and Gascony, c. 970-c. 1130*
 Oxford, Clarendon Press, 1993, p. 73

* En realidad, puede afirmarse que, a menos que un nuevo elemento salga a la luz, esta campaña seguirá siendo un enigma.

INTRODUCCIÓN

Esta fue la primera razón de mi opción: la atracción del placer. Yo insistiría más sobre la segunda. Así, comenzó a parecerme no solo posible, no solo útil, sino francamente necesario, para llegar hasta los movimientos oscuros, que hacen que se desplacen lentamente, a lo largo de los años, los basamentos de una cultura, sacar partido del acontecimiento.

Georges DUBY, «Prefacio», *Le dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214* [trad. esp.: *El domingo de Bouvines*, Alianza Editorial, Madrid, 1988; trad. de A. Firpo]

En la primavera de 1064, un ejército de guerreros cruzó los Pirineos para llegar a España. No se sabe con certeza cuántos eran, pero la expedición involucró, sin duda, a varios miles de hombres. En su mayoría eran caballeros, animados por una sed de venganza y un deseo de enfrentarse con el *Otro*; es decir, el infiel, el musulmán, que merecía ser castigado, no solo porque se le podía considerar una especie de hereje, sino porque acababa de matar a un rey, Ramiro, el soberano aragonés con quien varios linajes nobiliarios de allende

los montes habían tejido lazos de amistad. El año anterior, en efecto, en el mes de mayo, en las primeras estribaciones de los Pirineos, en una localidad llamada Graus, los infieles habían vencido a este rey, que murió durante el combate, dejando a su joven hijo Sancho un reino amenazado. Esta derrota justificaba un castigo y el ejército cristiano había llegado para pasar por la espada al enemigo, eligiendo como blanco una pequeña ciudad musulmana del valle del Ebro, llamada Barbastro y conocida en árabe por el nombre de *Barbuštar* (o *Barbaštur*).

A decir verdad, la llegada de los guerreros franceses a tierras hispánicas no era algo nuevo: con el recuerdo del emperador Carlomagno y de sus esforzados compañeros, algunos caballeros francos se habían dirigido ya a España para combatir al infiel. En la primera mitad del siglo XI, éste había sido el caso del normando Roger de Tosny, después el de Guillermo Sancho de Gascuña, y también el del conde Bernardo de Bigorra, que murió luchando cerca de la fortaleza de Loarre a mediados del siglo XI. Una ruptura, en todo caso, ya que hasta ese momento se trataba únicamente de empresas individuales y de alcance limitado. Sin embargo, el hecho que pretende relatar este libro es nuevo, puesto que representa un giro decisivo en la historia de los «asuntos de España» y ello por varios motivos. En primer lugar, porque las tropas llegadas del Norte se unieron a guerreros normandos provenientes de Italia y a contingentes catalanes. La ofensiva, pues, adquirió el aspecto de una expedición «internacional». Sobre todo, porque estas tropas se movilizaron con el apoyo de un papa, e incluso por su apelación. Estas novedades han llamado la atención de los historiadores durante mucho tiempo, y para algunos es aquí, en las fronteras de al-Andalus, al pie de los Pirineos, donde surgió la «cruzada»¹.

De esta guerra entre cristianos y musulmanes en la Península Ibérica se habla mucho. Demasiado, quizá. De hecho, bajo el efecto de las tensiones que invaden la actualidad, el número de trabajos relativos a la *reconquista* ha crecido considerablemente. Mencionar todas las publicaciones referidas a esta cuestión sería incómodo en la

medida en que son cientos los estudios y los programas de investigación consagrados a esta lucha secular calificada unas veces de «justa», y otras de «sagrada» o de «santa», en particular desde los años 1960². Un gran medievalista, Jean Flori, trazó brillantemente la evolución de esta guerra santa, casi su estratigrafía, desde la Antigüedad hasta la Reforma gregoriana, distinguiendo varias fases. En un primer momento «justificable», después se hizo «meritoria», luego «sacralizada por la Iglesia» y, finalmente, «santificada por el papa» a lo largo del siglo xi³. La demostración es convincente y rastrea perfectamente el surgimiento de esta ideología guerrera antes de la primera cruzada (1099). Sin embargo, ir a buscar en los montes asturianos a comienzos del siglo viii, en Covadonga, las primicias de lo que se califica como la *reconquista* parece excesivo⁴, incluso si, como hacían notar a mediados del siglo xx, José Antonio Maravall y otros historiadores, la expansión armada constituye uno de los hilos conductores de toda la historia de la España medieval⁵.

Sin duda, algunos poderosos, por influencia de abades o de obispos, se sintieron muy pronto portadores de un deber de combatir a los musulmanes, al modo de una misión cristiana; sin duda, las crónicas asturianas redactadas entre los siglos ix y x revalorizan la lucha armada⁶; sin duda, se adivinan en la documentación anterior al año 1000 indicios de una agresividad creciente hacia los musulmanes, pero hacer de la guerra contra ellos una ideología extendida sería erróneo, ya que la recepción del mensaje fue muy reducida. Hay que recordar que, en el momento culminante de la tormenta amirí, condes cristianos se entendieron con Almanzor (*al-Mansūr*) para atacar Compostela, importante centro de la cristiandad hispánica. Los pobres diablos, libres o dependientes que poblaban el campo o los pueblos que surgían, tenían entonces solo una mínima idea del islam o de los musulmanes, y lo que animó a los combatientes fue el placer de la lucha y el deseo de apoderarse de botín. En otras palabras, la guerra contra el infiel fue, quizá, un «programa», para ciertos hombres de la Iglesia, pero fue también, para otros, una exaltación, la desmesura de combatir y de conquistar. Saber si, como afirmaba el

castellano Sisnando Davidiz al emir de Granada ‘Abd Allāh en la segunda mitad del siglo XI, los musulmanes habían hecho otro tanto tiempo atrás, durante la conquista de *Hispania*, no es un argumento convincente, ni siquiera la justificación de una pretendida «justa revancha». De hecho, tanto en un campo como en el otro, la guerra autorizaba todos los excesos...

al-Andalus era en principio de los cristianos, hasta que los árabes los vencieron y los arrinconaron en Galicia, que es la región menos favorecida por la naturaleza. Por eso, ahora que pueden, desean recobrar lo que les fue arrebatado, cosa que no lograrán sino debilitándolos y con el transcurso del tiempo, pues, cuando no tengáis dinero ni soldados, nos apoderaremos del país sin ningún esfuerzo⁷.

Tras haber esbozado el desarrollo y haber presentado a los actores de la brutal campaña de Barbastro, el primer objetivo de este libro será apreciar si la expedición llevada a cabo en 1064 puede ser asimilada a una «cruzada» en el sentido en que la entendía Jonathan Riley-Smith⁸ o si, tras los aspectos religiosos que implica este término, se ocultaban otros motivos, más materiales, sin que los guerreros ignorasen que iban a luchar contra quienes consideraban paganos e infieles respecto a la verdadera religión.

El segundo objetivo de este libro se refiere a otro problema muy distinto, pues trata de revalorizar el papel de una *historia de los acontecimientos* hoy reducida a su más simple expresión, o incluso revisada con éxito por obras recientes que reivindican la «historia mundial»⁹. El problema del estatuto de este género de historia no es nuevo y, desde los años 1980, Christian Lauranson-Rosaz se preocupó por este fenómeno al empezar su tesis sobre la Auvernia de la Alta Edad Media, con un alegato en favor de la importancia de los hechos concretos:

Hace tiempo, en los manuales escolares y también en la enseñanza, era sobre todo la historia *événementielle* la que se consideraba, la de las fechas importantes y de los hechos políticos significativos, la de los grandes personajes. Como consecuencia de un movimiento de ideas aparecido hace unos cincuenta años con la escuela de *Annales*, una nueva tendencia se ha impuesto felizmente, que privile-

gia tanto la historia de las estructuras como, desde hace unos diez años, la historia de las mentalidades. De todos modos, sería peligroso, con el pretexto de una necesaria revolución del punto de vista histórico, silenciar algo que era esencial en la historiografía clásica; con frecuencia, las estructuras y las mentalidades son comprendidas gracias al acontecimiento y así vuelven a colocarse en su contexto¹⁰.

Es difícil decirlo mejor, salvo que la tendencia a dejar de lado los acontecimientos y la cronología se ha acentuado considerablemente, como si ambos se hubiesen convertido en demasiado «escolares» e incluso superfluos. La apertura de la historia a otras ciencias humanas impulsada por toda una generación de historiadores que seguía las huellas de maestros como Marc Bloch, Lucien Febvre, Fernand Braudel o Jacques Le Goff, ha contribuido indirectamente a reforzar esta tendencia. Es significativo que uno de los más fervientes partidarios de la escuela de *Annales*, el propio Georges Duby, ya manifestase algunas reservas con ocasión de sus *Dialogues* con el filósofo Guy Lardreau, subrayando que

El acontecimiento, por lo que tiene de excepcional, de sensacional, de improvisado, de turbador, suscita una abundancia de relaciones críticas, una especie de pululación de discursos... El acontecimiento es como un adoquín que se lanza a un charco y que hace salir de sus profundidades una especie de fondo un tanto cenagoso, que hace aparecer lo que bulle en el basamento de la vida¹¹.

Aun a riesgo de hacer una defensa exagerada de lo evenemencial y de la importancia de la temporalidad, las páginas que siguen reposan sobre la idea de que, a semejanza de un *personaje*, una *fecha* constituye un polo de observación privilegiado a partir del cual se puede restituir una época, relatar lo que se produjo *antes* para explicar el surgimiento del acontecimiento y comprobar a continuación sus *efectos*¹². En este sentido, la toma de Barbastro en 1064 no constituye solo la expresión de una dinámica, sino que opera un giro importante en la historia de la Península Ibérica y de la expansión occidental, aunque ese éxito fuese precario. Un *hecho* importante, en cierto sentido, y del que durante mucho tiempo se conservó el recuerdo. Este será, pues, el méto-

do utilizado aquí: una vez fijado el episodio en el tiempo, se concretará el contexto peninsular en el que se produjo, antes de describir su desarrollo y medir finalmente sus consecuencias, a corto y medio plazo, e incluso en una duración más prolongada¹³.

Proyecto ambicioso y tanto más delicado en cuanto que, al contrario que otros momentos célebres de la Edad Media hispánica, como Sagradas (1086), Alarcos (1095), Las Navas de Tolosa (1212) o incluso la conquista de Granada (1492), este episodio continúa estando poco claro por las fuentes, ya sean árabes o latinas. De hecho, los textos árabes que lo mencionan son poco numerosos. Solamente dos autores contemporáneos aluden de forma concreta a él: en primer lugar, el cronista Ibn Hayyān (m. 1076) y después el geógrafo al-Bakrī (m. 1094), consultados dos siglos después por Ibn 'Idārī (siglo xiv) en su *Bayān al-Mugrib* y por al-Himyarī (m. 1495) en el *Kitāb ar-rawd al-mi'tār*. Referencias más tardías provienen del geógrafo Yāqūt al-Rūmī (m. 1229), de historiadores como Ibn al-Kardabūs (siglos xii-xiii) e Ibn al-Jatīb (m. 1374), así como de dos cartas de juristas árabes, reproducidas por Ibn Bassām (m. 1147), Abū Hafṣ *al-Hawzanī* (m. 1067), Ibn 'Abd al-Barr (m. 1071) e Ibn al-Abbār (m. 1260)¹⁴. Extrañamente, otros autores, pese a estar bien informados, como el soberano de Granada, 'Abd Allāh b. Buluqqīn (m. 1090), Abū Bakr *al-Turtūsī* (m. 1126) o Ibn al-Atīr (m. 1224), no dan ninguna noticia.

Esta pobreza documental es igualmente sensible del lado cristiano, ya que solo un monje benedictino, Amato di Montecassino (m. 1105) dedicó al asunto un largo pasaje en una crónica redactada hacia 1080, en ocho libros, hoy desaparecida, pero de la cual una copia, en francés antiguo del siglo xiv, se conserva en la Biblioteca Nacional de París bajo el título *Ystoire De Li Normant*. Este pasaje muestra cómo los combatientes se vieron seducidos por la atmósfera oriental de la ciudad y cómo perdieron su honor bajo los efectos del placer.

Ese año apareció una señal maravillosa para anunciar el extraordinario acontecimiento y la batalla que iba a tener lugar, pues la estrella que se llama cometa

apareció muchas noches, al igual que una viva luz que resplandecía como la luna. Con el fin de favorecer el triunfo de la religión cristiana y de vencer a la detestable locura de los sarracenos, los reyes, los príncipes y los condes, inspirados por Dios, se pusieron de acuerdo sobre el siguiente proyecto: reunir una gran multitud de gente y un gran número de caballeros franceses, de Borgoña y de otras regiones que acompañarían a los valerosos normandos para ir a combatir a España, con el fin de que los cristianos atajaran a los caballeros reunidos por los sarracenos y los venciesen. Para ejecutar este proyecto, se eligió a un hombre que se llamaba Robert Crespin. Una vez designado, se preparó para ir a combatir donde se le había ordenado ir. Invocaron a Dios en su ayuda, y Dios estuvo presente para asistir a aquellos que se lo habían pedido, y los fieles de Dios obtuvieron la victoria y mataron a un gran número de sarracenos. Y los cristianos dieron gracias a Dios por la victoria que Él otorgó a su pueblo. Entonces fue ocupada la ciudad que se llamaba Barbastro, con un vasto territorio, lleno de grandes riquezas y bien provisto. Todo el ejército quiso que Robert Crespin la pusiese a buen recaudo, para que, al año siguiente, volviese con un ejército parecido o más importante para conquistar otras ciudades de España. Envidioso de este buen comienzo para la fe cristiana, el diablo, armado de malevolencia y engaño, decidió cruzarse en el camino y encender un fuego de amor en el corazón de los caballeros cristianos y, en vez de elevarse, cayeron. Cristo se irritó porque los caballeros se abandonaron al amor de las mujeres. Así, por sus pecados, perdieron lo que habían conquistado y fueron expulsados por los sarracenos. Cuando se hubo perdido la ciudad, una parte de los cristianos resultó muerta, otra fue hecha prisionera y algunos huyeron y recobraron la libertad. Crespin, por la vergüenza que sentía, no quería volver a su país; fue a Italia junto a los de su tierra y se quedó varios años. Luego fue a Constantinopla para ser caballero bajo el mando del emperador. Y obtuvo mucha gloria y victorias, luego murió¹⁵.

Las demás fuentes latinas son escasas e imprecisas. Unas líneas sobre los hechos figuran en un texto aquitano que relata los acontecimientos ocurridos entre el 751 y 1140, conocido por el nombre de *Chronique de Maillezais* o *Chronique de Saint-Maixent*¹⁶. Situando erróneamente los hechos en el año 1062, tras el sitio de la ciudad de Saintes por el duque Gui-Geoffroy (Guillermo VIII de Aquitania), el cronista relata que:

De allí se fue hacia España (*in Hispania*), con numerosos vermandeses, [y] conquistó la ciudad de Barbastro para la cristiandad, tras haber masacrado a todos los que se hallaban en esta ciudad.

Dejando a un lado esta excepción, se trata, la mayor parte de las veces, de datos que emanan de documentos aragoneses y catalanes, a veces incluso castellanos. En ellos surge de pronto una alusión a la ciudad y a los combates que se desarrollaron, pero sin ningún detalle. Entre estos restos documentales se insertan varias cartas del papa Alejandro II (1061-1073) cuya interpretación ha hecho correr mucha tinta¹⁷. Así pues, pocas cosas: fragmentos de textos y menciones fugaces...

Sin embargo, estas lagunas no han impedido a muchos historiadores evocar el episodio. Aunque ninguna obra se ha dedicado expresamente al acontecimiento, ha atraído la atención de varios medievalistas siguiendo la estela de las páginas que le consagró Reinhart Dozy (1820-1883) en su *Historia de los musulmanes de España*, publicada en 1861¹⁸. Después de esta fecha, y a lo largo del siglo xx, investigadores como Carl Erdmann, Charles J. Bishko, Alberto Ferreiro, Marcus Bull, Jean Flori, Giovanna Petti Balbi, Antonio Ubieto, Philippe Sénac, Carlos Laliena o Luis García Guijarro¹⁹ lo han mencionado con frecuencia para intentar comprobar si la expedición fue un precedente de la cruzada que condujo hasta Jerusalén (1099) o si, por el contrario, el alcance de este hecho de armas fue simplemente local y, en consecuencia, ha sido sobrevalorado.

La lectura de estos trabajos pone de manifiesto dos opiniones diferentes. Para algunos, la expedición de 1064 no fue más que un hecho efímero sin consecuencias reales, mientras que para otros la presencia de contingentes ultrapirenaicos la convierte en la primera manifestación de la cruzada. Esta fue la opinión defendida en 1932 por Prosper Boissonnade²⁰. Unos años más tarde, al asociar el movimiento de la paz de Dios a la expedición de Barbastro, Carl Erdmann afirmaba que la lucha contra los musulmanes en la Península Ibérica había contribuido a modificar la actitud del papado. Subrayaba de este modo el papel del papa Alejandro II en esta campaña, sosteniendo que varias cartas provenientes del soberano pontífice se referían claramente a la expedición²¹.

A partir de los años 1970, varios historiadores estadounidenses o y anglosajones se interesaron también por la conquista de Barbastro afirmando que los orígenes de la cruzada no deberían buscarse exclusivamente en el desarrollo de los conceptos de «guerra justa» o de «violencia piadosa», sino en la manera en que los linajes nobiliarios compartían estas ideas como una especie de «piedad laica». Marcus Bull sostenía incluso que la expedición de Barbastro constituye un hecho aislado, de ningún modo una «protocruzada», y que una de las cartas del papa Alejandro II dirigida al clero del Voltorno concierne, en realidad, a peregrinos de camino hacia España, pero no a guerreros²². Asimismo, para otros autores, como Angus McKay, Richard Fletcher o William Purkis, Barbastro es un hecho de reducida trascendencia, en el que los aspectos ideológicos y religiosos no intervinieron en absoluto. Estas opiniones han sido discutidas por Jean Flori, para quien la carta del papa Alejandro II se relaciona con claridad con aquellos que partieron para combatir a los musulmanes en esta fecha. En apoyo de esta tesis, menciona una bula pontificia dirigida al arzobispo de Narbona en la que el papa condenaba los actos de violencia cometidos por los caballeros en marcha hacia España²³.

No hay ninguna duda de que la celebración del milenario de la conquista de Jerusalén por los cristianos (1099), al igual que las tensiones que se han multiplicado entre ciertos países musulmanes y Occidente en el marco de un pretendido «choque de civilizaciones» han reactivado ampliamente las nociones de *cruzada*, de *reconquista* y de *guerra santa*, como también un interés más reciente por el concepto de *yihad*, después de odiosos atentados²⁴. No obstante, frente a la atención prestada a los hechos ocurridos en Tierra Santa a finales del siglo XI, a las cruzadas tardías o a la celebración de otros acontecimientos como la batalla de Las Navas de Tolosa (1212), el nombre de Barbastro ha sido relegado a un segundo plano, pues la pequeña ciudad aragonesa no puede rivalizar con otros símbolos de la *reconquista*, como la toma de Toledo en 1085 o la de Granada en 1492. ¿Hay que reducir, por ello, el significado de los acontecimientos que

se produjeron en las fronteras de al-Andalus a lo largo de los años 1064-1065, no viendo en ellos más que un hecho *secundario*? Por el contrario, ¿hay que aumentar su importancia doblegándonos al «mito de los orígenes» y descubrir en este episodio un giro decisivo en la historia de la *reconquista*, incluso una de sus primeras manifestaciones? Para responder a estos interrogantes, es necesario hacer un balance de las fuerzas presentes en la Península una vez pasado el año 1000, y ésta es la manera en que empezaremos nuestra investigación...

CAPÍTULO I

AL-ANDALUS Y EL VALLE DEL EBRO A MEDIADOS DEL SIGLO XI

Al-Andalus conoció profundos trastornos políticos a lo largo de toda la primera mitad del siglo XI. Tras la muerte del célebre *hāyib* (chambelán o ministro) al-Mansūr (m. 1002) y a medida que declinaba la autoridad de los últimos soberanos omeyas durante la *fitna*¹, tuvo lugar la progresiva aparición de poderes locales en manos de personajes designados en castellano con el nombre de «reyes de taifas»; en árabe, *mulūk at-tawā'if* («los reyes de los principados»). Este fenómeno condujo a la fragmentación del antiguo dominio omeya que culminó con la desaparición del califato de Córdoba en 1031, cuando los juristas de la capital decidieron no designar ningún sucesor del último califa, Hisām *al-Mu'tad*.

El final del califato de Córdoba y el nacimiento de las taifas

De este modo, al-Andalus se dividió en una treintena de sultanatos, que se reagrupan, por lo general, en diferentes conjuntos sobre

la base de criterios étnicos². Las dinastías árabes estaban representadas sobre todo por los soberanos de Zaragoza, Sevilla y Córdoba, además de las de otros pequeños principados, como los de Huelva-Saltés o de Silves, que también estaban bajo la autoridad de personajes de origen árabe³. Por su parte, los principales poderes bereberes radicaban en Andalucía, en Elvira-Granada, Carmona, Arcos, Ronda y Morón, y también en la región de Toledo, donde gobernaban desde hacía mucho tiempo los Banū dī-l-Nūn. Finalmente, los dirigentes de las taifas «esclavonas» (*saqāliba*, esclavos o libertos) se habían establecido mayoritariamente en el *Sarq al-Andalus*, es decir, a lo largo de la costa mediterránea, desde Tortosa hasta los alrededores de Almería. Las gobernaban oficiales de origen servil que habían servido a la dinastía amirí⁴. Se trataba frecuentemente de eunucos de raza blanca que se encontraban instalados en Valencia, Almería, Tortosa y Denia⁵. Un hecho notable es que estas taifas carecían de límites geográficos concretos. Es ver-



Fig. 1. Los reinos de taifas.

dad, en este sentido, que el emir zirí de Granada, ‘Abd Allāh, menciona en sus *Memorias* castillos de frontera, pero se trata de un caso aislado y desde una perspectiva general la noción misma de «frontera» parece haber estado ausente de los textos de la época, un argumento complementario para no hacer de estos principados «Estados», sino, más bien, «poderes».

Pese a los numerosos estudios dedicados a estas taifas sobre la base de algunas crónicas, de obras de letrados o de monedas puestas en circulación por los soberanos reinantes, resulta muy difícil obtener una visión general de su historia durante la primera mitad del siglo XI. De hecho, la mayoría de los trabajos se caracteriza por enfoques regionales bajo la forma de monografías dedicadas a los diversos núcleos políticos. Es posible afirmar a partir de ellos que la trayectoria de estos reinos estuvo marcada por tres fenómenos importantes, a saber, por un agudo problema de legitimidad que afectaba a la mayor parte de los soberanos, por un desarrollo cultural notable y por permanentes rivalidades que estuvieron en el origen de un debilitamiento creciente ante la amenaza cristiana.

Más allá de la diversidad de sus orígenes, todos estos soberanos tenían en común el hecho de ejercer un poder poco legítimo, y más aún tras la desaparición oficial del califato del que toda autoridad, al menos teóricamente, debía emanar. Esta preocupación explica que algunos de ellos conservaran en un primer momento el título de *wāzir* («visir») o incluso el de *hāyib* («chambelán»), en otros tiempos aplicado a al-Mansūr y a sus hijos. Varios emires tomaron más adelante títulos compuestos a partir del concepto *dawla* («dinastía»), como *Sayf ad-Dawla* («la espada de la dinastía») o *‘Imād ad-Dawla* («el pilar de la dinastía»). Otros, en cambio, adoptaron sobrenombres honoríficos (*laqab*) de tipo califal, como *al-Mansūr* («el victorioso») o *al-Ma‘mūn* («el leal, aquel en quien se confía») pero sin añadir a continuación *bi-llāh* («en el nombre de Dios»), expresión reservada solo a los califas, con la excepción de algunos príncipes de origen árabe como los de Sevilla, que actuaron como si uno de los factores de legitimidad estuviese ligado a la arabadidad⁶.

Muchos autores han subrayado, asimismo, que la época de las taifas estuvo caracterizada por el surgimiento de grandes centros culturales que atraían a los eruditos y a los sabios, como Córdoba, Sevilla, Badajoz, Zaragoza e incluso Toledo en tiempos del emir *al-Ma'mūn* (1043-1073). Así, figuraban en estas cortes principescas matemáticos, médicos, astrónomos, como *al-Zarqālī* (m. 1087), y agrónomos como Ibn Wāfid (m. 1075) e Ibn Bassāl (m. 1085). El periodo quedó marcado por el notable desarrollo de la literatura y de la poesía, con autores de renombre, como Ibn Darrāy *al-Qastallī* (m. 1030) o Ibn 'Ammar (m. 1086). En el último tercio del siglo XI, el propio emir de Sevilla, *al-Mu'tamid* («el que se apoya»), fue uno de los mayores poetas de su tiempo (1069-1091)⁷. Rodearse de figuras así y apoyar a través del mecenazgo la poesía en lengua árabe constituían para los dirigentes de las taifas poderosos factores de legitimidad, lo mismo que la presencia de secretarios letrados (llamados *kuttāb*), que redactaban en una lengua árabe refinada documentos administrativos y cartas oficiales a cambio de recompensas en dinero o de concesiones territoriales.

Otro rasgo significativo de la historia de las taifas reside en el hecho de que sus monarcas estaban enfrentados entre sí y las más poderosas (Toledo, Sevilla, Zaragoza) amenazaban a las más pequeñas. A mediados del siglo XI, el ejemplo más conspicuo es el del emir de Sevilla, *al-Mu'tamid* (1042-1069), que mantuvo una guerra continua contra los príncipes bereberes y árabes de sus fronteras orientales y occidentales. Conquistó sucesivamente los reinos de Mértola (1044), Huelva (1051), Niebla (1053), Algeciras (1055), Silves (1063) y Ronda (1065), antes de someter Morón (1066), Carmona (1067) y Arcos (1069). Posteriormente, su sucesor, *al-Mu'tamid*, se apoderó de Córdoba en 1070, de una parte de la taifa de Granada, y, finalmente, de Murcia durante el año 1078.

Los príncipes de taifas y los soberanos cristianos

El déficit de legitimidad que acabamos de mencionar estaba relacionado igualmente con la impotencia de estos soberanos ante los magnates cristianos del Norte, que se manifestaba de varias maneras. Inicialmente, y después de que las incursiones amiríes hubiesen devastado las tierras cristianas veinte años antes, fueron los gobernantes cristianos quienes se inmiscuyeron en los asuntos internos de las taifas, aprovechando sus profundas rivalidades. De esta forma, a principios del siglo XI, cuando Córdoba estaba dividida en dos partidos, los bereberes que apoyaban al califa *al-Mahdī*, y los andalusíes, que lo hacían al califa Hišām II y a su ministro Wādhīh, el conde de Castilla, Sancho García, dio su apoyo a los bereberes a cambio de varias fortalezas del valle del Duero (hacia 1009). Gracias a esta ayuda, el ejército aliado derrotó a los partidarios del califa Hišām II cerca de Alcalá de Henares y, según Ibn 'Idārī, los cristianos mataron a treinta mil musulmanes en el curso del combate. Añade que esta fue «la primera venganza de los politeístas contra los musulmanes»⁸. Seguidamente llegaron a Córdoba, donde el conde castellano fue recibido con gran boato por el califa *al-Mahdī*, antes de volver a su tierra, dejando una pequeña guarnición en la capital. Unos meses más tarde, después de prometer que no lanzaría nuevas ofensivas, el conde recibió otras fortalezas, entre las cuales se contaba la imponente ciudadela de Gormaz.

Para defender la causa del califa *al-Mahdī*, Wādhīh acudió entonces a la taifa de Tortosa, donde obtuvo la ayuda del conde de Barcelona, Ramon Borrel III (972-1017). El acuerdo preveía que los catalanes tendrían acceso a la estratégica ciudad de Medinaceli en la ruta hacia Córdoba, un sueldo diario de cien piezas de oro y, para cada uno de los hombres, dos dinares. Se preveía asimismo que todo el botín obtenido a costa de los guerreros bereberes se destinaría a los cristianos, incluidas sus armas, su ganado y sus mujeres. Tras pasar por Zaragoza, Medinaceli y Toledo, los catalanes vencieron a las tropas bereberes en la región de Córdoba, pero este éxito fue provisio-